

## III

Yvette no dormía tampoco. Como su madre, se acodó á la ventana y las primeras lágrimas de pesar llenaron sus ojos.

Hasta entonces había vivido y crecido entre aquella confianza aturdida y serena de la juventud dichosa. ¿A qué pensar, buscar, reflexionar? ¿Por qué no había de ser una joven como todas las jóvenes? ¿A cuenta de qué se le debían ocurrir una duda, una sospecha penosa?

Parecía saberlo todo porque hablaba de todo, porque había tomado el tono, las maneras, las palabras osadas de la gente que se movía en torno suyo. Pero en realidad no sabía más que una muchacha educada en un convento decente, ya que sus

audacias de palabra provenían únicamente de su memoria, de ese poder de imitación y de asimilación que tienen todas las mujeres y no de un cerebro pensador y atrevido.

Hablaba del amor como el hijo de un pintor ó de un músico hablaría de pintura ó de música á los diez ó doce años. Sabía, ó mejor, sospechaba qué especie de misterio encerraba aquella palabra, pues algunas bromas y medias palabras y reticencias habían iluminado su inocencia; pero imaginaba, no habiendo estado en la intimidad de otras, que todas las familias se parecían á la suya.

A su madre le besaban la mano con un respeto aparente; todos sus amigos parecían títulos nobiliarios; todos eran ó parecían ricos; todos nombraban familiarmente á príncipes de estirpe real. Dos hijos de rey habían ido muchas noches á casa de la marquesa. ¿Cómo hubiera podido adivinar la verdad?

Además, era naturalmente cándida. No escudriñaba, no olfateaba á las gentes como su madre. Vivía tranquila, demasiado contenta de vivir para fijarse en lo que hubiera podido parecer sospechoso quizá á seres más reflexivos, menos francos y expansivos que ella.

Y de pronto Servigny, por medio de algunas palabras, de las que había adivinado la brutalidad sin comprenderla, despertaba en ella una inquietud súbita, una aprensión grande.

Volvió á su casa, escapó como un animal herido, herida, en efecto, profundamente por aquellas palabras que repetía de continuo para comprender bien el sentido de ellas: «Ya sabe usted que no es cuestión de matrimonio entre nosotros... sino de amor.»

¿Qué había querido decir? ¿Por qué tal injuria? Ignoraba, pues, algún secreto, alguna vergüenza oculta? Ella era la única que la ignoraba sin duda. Pero ¿qué era? Y estaba asustada, aterrada, como cuando se descubre una infamia, la traición de un sér amado, uno de esos desastres de corazón que enloquecen.

Había reflexionado, buscado, llorado, mordida por temores y sospechas. Luego, serenándose su alma juvenil y alegre, había pensado en una aventura, en combinar una situación anormal y dramática compuesta de retazos de todas las novelas que leyerá. Recordaba peripecias conmovedoras, historias sombrías y enternecedoras que mezclaba, de las que sacaba su propia novela, pensando que un gran misterio envolvía su vida.

Ya no se desolaba, pensaba, recorría velos, imaginaba complicaciones inverosímiles, mil cosas singulares, terribles, seductoras, aun cuando sólo fuera por su extrañeza.

¿Sería acaso la hija natural de un príncipe? Su pobre madre, seducida y abandonada, convertida en marquesa por un rey, por Víctor Manuel quizá, ¿habría tenido que huir ante la cólera de su familia?

¿Era quizá una hija abandonada por sus padres, por unos padres muy nobles y muy ilustres, fruto de un amor culpable, recogida por la marquesa y educada por ella?

Otras suposiciones forjaba en su mente, aceptándolas ó rechazándolas según se le ocurría. Se enternecía por sí misma, satisfecha de ser una especie de heroína de novela, que se vería obligada á tomar una actitud noble y digna de ella. Y pensaba en el papel que tendría que representar según fueran los secretos. Tan pronto se figuraba que su actitud debía ser parecida á la de un personaje de Scribe como á uno de Jorge Sand. Sería un conjunto de fidelidad, de altivez, de abnegación, de grandeza de alma, de ternura. Su naturaleza inconstante se alegraba casi de la metamorfosis que iba á sufrir.

Berta.—7.

UNIVERSIDAD DE MEXICO  
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS

1925

Había estado pensando hasta la noche para saber cómo se las compondría para arrancar la verdad á la marquesa.

Y cuando hubo llegado la noche, propicia á las situaciones trágicas, había por fin combinado una artimaña que no dejaría de surtir efecto; decir á su madre que Servigny la había pedido en matrimonio.

Al oír aquello, su madre, sorprendida, soltaría una exclamación, un grito que la denunciaran.

Y realizó su proyecto.

Esperaba una explosión de asombro, una expansión de amor, una confidencia hecha entre suspiros y lágrimas.

Y su madre, en lugar de parecer estupefacta ó aterrorizada, se mostraba tan sólo aburrida; y en el tono que empleó para contestarle, adivinó su hija, en cuya mente despertaban ahora la desconfianza y la duda, que el misterio era de otra naturaleza, que sería más penoso para ella cuando se aclarara. Y advirtiendo que debía descubrirlo por sí misma, había vuelto á su habitación con el corazón oprimido, atosigada el alma, pensando que le había ocurrido una verdadera desgracia, sin saber á punto fijo el motivo de tal emoción. Y lloraba, apoyada en el alféizar de la ventana.

Lloró mucho rato sin pensar en nada, sin procurar descubrir nada, y como el cansancio la rendía, acabó por cerrar los ojos. A ratos se adormecía y despertaba con brusco sobresalto.

Hasta la madrugada no se acostó, cuando el frío de la mañana, helándola, la obligó á retirarse.

Durante los dos días siguientes guardó una actitud reservada y melancólica. Se operaba en ella un trabajo de reflexión, y aprendía á espiar, adivinar y razonar. Una luz, vaga todavía, le parecía iluminar de un modo distinto los hombres y las cosas y sentía algo así como una prevención contra todos, contra cuanto había creído, contra su madre. Se hizo cargo de todo lo que podía suceder y adoptaba para cada caso una resolución violenta, en armonía con su carácter voluble y arrebatado. El miércoles había ideado un plan, toda una regla de conducta para saber lo que le importaba. Y el jueves, por la mañana, se levantó decidida á ser más viva que un polizone, dispuesta á luchar contra todos.

Resolvió tomar por divisa estas dos palabras: «Yo sola», y durante más de una hora pensó en la manera de colocarlas gallardamente en su papel de cartas, para que hiciesen buen efecto.

Saval y Servigny llegaron á las diez. La joven les

tendió la mano con reserva, sin turbación, y en tono familiar aunque grave:

—Buenos días, Anguila; ¿está usted bien?

—Buenos días, señorita; bien ¿y usted?

Y la acechaba.

—¿Qué comedia va á representarme?—pensaba.

Como la marquesa había tomado el brazo de Saval, ella tomó el de Servigny y los cuatro pasearon por el jardín.

Yvette andaba con aspecto serio y reflexivo, mirando la arena del sendero, pareciendo escuchar apenas lo que le decía su compañero y no contestándole.

De pronto dijo:

—¿Es usted amigo mío de veras, Anguila?

—Ya lo creo, señorita.

—¿Pero de veras, de todas veras?

—Por entero, señorita; en cuerpo y alma.

—¿Hasta el punto de no mentir ni una sola vez?

—Hasta ese punto.

—¿Hasta decirme la verdad, la endiablada verdad por entero?

—Sí, señorita.

—Bien. ¿Qué piensa usted, para sí, del príncipe Kravalov?

—¿Diablo!

—Ya ve usted como se prepara á fin de no decir la verdad.

—No; busco las palabras; las palabras propias. El príncipe Kravalov es un ruso... un verdadero ruso que habla ruso, que hasta ha nacido en Rusia, que quizá hasta tiene un pasaporte para venir á Francia. Todo en él es auténtico, menos su nombre y su título.

Ella le miraba con fijeza.

—¿Quiere usted decir que es?...

Servigny vaciló, y luego, decidiéndose:

—Un aventurero, señorita.

—Gracias. ¿Y el caballero de Valrealí es de la misma laya?

—Usted lo ha dicho.

—¿Y el señor de Belvigne?

—Ese, es distinto. Es un hombre bien nacido... provinciano... decente... hasta cierto punto... pero un tanto derrengado... por haber gastado con exceso...

—¿Y usted?

Servigny contestó sin vacilar:

—Yo soy lo que llaman un calavera, un muchacho de buena familia que tenía inteligencia y la ha

derrochado en palabras ingeniosas, salud, y la ha perdido llevando una existencia desarreglada, que quizá valía algo y para nada sirve. Me quedan fortuna, cierta experiencia de la vida, una ausencia casi completa de prejuicios, un gran desprecio por los hombres y las mujeres, un sentimiento muy profundo de la inutilidad de mis actos, y una amplia tolerancia por el general encanallamiento. A veces, sin embargo, tengo momentos de franqueza, como ve usted; y hasta soy capaz de sentir afección por alguien, como podría usted ver. Con tales defectos y cualidades, me pongo á sus órdenes, señorita, moral y físicamente, para que disponga de mí como guste. Velay.

Yvette no reía; le escuchaba, escrutando palabras é intenciones.

Luego añadió:

—¿Qué piensa usted de la condesa de Lammy?

El joven respondió con viveza:

—Me permitirá usted que no dé mi parecer acerca de las señoras.

—¿Acerca de ninguna?

—De ninguna.

—Entonces es que las juzga muy mal... á todas. Ea, reflexione. ¿No hace usted ninguna excepción?

Murmuró con aquel aire insolente que casi no abandonaba nunca, y luego, con aquella audacia brutal que era un arma para él:

—Se exceptúa siempre á las personas presentes.

Yvette se ruborizó ligeramente, pero preguntó con gran calma:

—¿Y qué es lo que piensa usted de mí?

—¿Quiere usted saberlo? Sea. Pienso que es usted una persona de gran sentido, de gran práctica, digamos de gran sentido práctico; que sabe embrollar su juego, divertirse á costa de las gentes, ocultar sus intenciones, tender sus redes, y que espera, sin apresurarse... lo que ha de suceder.

Ella preguntó:

—¿Nada más?

—Nada más.

Dijo entonces con gran seriedad:

—Haré que cambie usted de opinión, Anguila.

Luego se acercó á su madre que andaba á pasos cortos, con la cabeza baja, con ese aire de languidez que se tiene cuando se habla en voz baja, paseándose, de cosas muy íntimas y agradables. Dibujaba, andando, figuras en la arena, quizá letras, con la punta de la sombrilla, y hablaba sin mirar á Saval, hablaba lenta y largamente, apoyada en su brazo, estrechándose contra él.

Yvette, de pronto, fijó los ojos en ella, y una sospecha, tan vaga que ni siquiera la formuló, por mejor decir, la sensación de una duda, atravesó su pensamiento como pasa por la tierra la sombra de una nube impelida por el viento.

La esquila anunció el almuerzo.

Fué silencioso, casi triste.

Amenazaba tempestad. Grandes nubes inmóviles, plumizas, parecían estar en acecho en el horizonte, mudas, pesadas, cargadas de tormenta.

Cuando hubieron tomado café en la terraza, la marquesa preguntó:

—¿No vas á dar un paseo con tu amigo Servigny, hija mía? El tiempo es magnífico para tomar el fresco bajo los árboles.

Yvette la lanzó una rápida mirada, y contestó:

—No, mamá, hoy no salgo.

La marquesa pareció contrariada é insistió:

—Sí, ve á dar una vueltecita, hija; te sentará bien.

Entonces Yvette pronunció en tono brusco:

—No, mamá; hoy me quedo en casa, y ya sabes por qué, pues el otro día te lo dije.

La señora Obardi no se acordaba ya, movida del deseo de estar sola con Saval. Se ruborizó, se turbó

y, pensando cómo se las compondría para quedar libre una hora ó dos, balbuceó:

—Es verdad; no me acordaba; tienes razón. No sé en qué pensaba.

Yvette, tomando una labor de bordado, que llamaba la «salvación pública» y que sólo cogía cinco ó seis veces al año, se sentó en una silla baja cerca de su madre, mientras los jóvenes fumaban.

Pasaron las horas en una conversación lánguida y sin cesar interrumpida. La marquesa, enervada, lanzaba miradas ansiosas á Saval y buscaba un pretexto para alejar á su hija. Comprendió al fin que no lo conseguiría y dijo, dirigiéndose á Servigny:

—Querido duque; les retengo á los dos esta noche. Mañana iremos á almorzar al restaurant Fournaise, en Chatou.

El comprendió, sonrió y se inclinó:

—Estoy á su disposición, marquesa.

Y el día acabó lenta, penosamente, amagando aún la tormenta.

Llegó poco á poco la hora de la comida. El cielo pesado, se llenaba de nubes lentas y pesadas. Ningún soplo de aire acariciaba la piel.

La comida de la noche fué silenciosa también. Una especie de temor vago parecía hacer enmudecer á los dos hombres y las dos mujeres.

Cuando hubieron quitado el servicio los criados, permanecieron los comensales en la terraza, hablando sólo de trecho en trecho. Anochecía y la noche era abrumadora. De pronto rasgó el horizonte una línea de fuego que iluminó con llama deslumbradora y cárdena los cuatro rostros, sumidos ya en las tinieblas. Luego un ruido lejano y formidable, como el que harían cien carros rodando á un tiempo, llegó á los oídos y pareció que el calor aumentaba, que el aire era aún más sofocante y más profundo el silencio.

Yvette se levantó.

—Voy á acostarme;—dijo—la tormenta me pone nerviosa.

Tendió su frente á la marquesa, alargó la mano á los dos jóvenes y se fué.

Como tenía su cuarto encima de la terraza, bien pronto se iluminó el follaje de un castaño que estaba frente á la puerta, y Servigny permanecía con la mirada fija en aquella claridad, por la que á veces creía ver pasar una sombra. Pero de repente se apagó la luz. La marquesa lanzó un suspiro.

—Mi hija se ha acostado—dijo.

Servigny se levantó:

—Con su permiso, marquesa, voy á hacer lo mismo.

Besó la mano que ella le tendía y desapareció á su vez.

Quedó sola con Saval en la obscuridad.

En seguida cayó en sus brazos, estrechándole, besándole. Luego, por más que él quería evitarlo, se arrodilló delante de él, murmurando:

—Quiero mirarte á la luz de los relámpagos.

Pero Yvette, una vez que hubo apagado la vela, volvió al balcón, descalza, deslizándose como una sombra, y escuchaba, roída por una duda confusa y dolorosa.

No podía ver, porque se hallaba sobre el mismo techo de la galería.

Sólo oía un murmullo de voces, y su corazón latía tan fuerte, que llenaba de ruido sus oídos. Una ventana se cerró sobre su cabeza. Era Servigny que se acostaba. Su madre estaba sola con el otro.

Un segundo relámpago, partiendo el cielo, hizo surgir, durante un segundo, todo aquel panorama que conocía tan bien, iluminado por claridad violenta y siniestra; y vió el gran río que corría como plomo fundido. En seguida, una voz, debajo de ella, pronunció:

—¡Te amo!

No oyó nada más. Se estremeció su cuerpo, y su espíritu era presa de una duda terrible.

Un silencio pesado, infinito, que parecía el silencio eterno, se cernía sobre el mundo. No podía respirar, pues sentía el pecho oprimido por un peso formidable. Un nuevo relámpago iluminó un instante el horizonte, luego otro y otros.

Y la voz que había oído ya, se elevó más recia:

—¡Ah! ¡Cuánto te amo! ¡Cuánto te amo!

Yvette reconocía bien aquella voz; era la de su madre.

Una ancha gota de agua tibia le cayó en la frente, y una leve agitación casi imperceptible se oyó entre el follaje; el estremecimiento de la lluvia que empieza.

Después un rumor que venía de lejos, un rumor confuso, parecido al ruido del viento entre las ramas; era el chubasco que caía sobre la tierra, sobre el río, sobre los árboles. En pocos instantes el agua, que caía con furia, la caló, como si saliese de un baño. Y no se movía, pensando únicamente en lo que ocurría en la terraza.

Les oyó que se levantaban y que subían á sus habitaciones. Algunas puertas se cerraron en el interior de la casa, y la joven, obedeciendo á un deseo irresistible de saber qué la enloquecía y atormentaba, salió á la escalera, siguió el corredor,

abrió la puerta del jardín y, atravesando el espacio cubierto de césped, bajo la lluvia, corrió á esconderse en un grupo de árboles para mirar hacia las ventanas.

Una sola estaba iluminada; la de su madre. Y, de pronto, dos sombras aparecieron en el fondo luminoso, dos sombras que estaban una al lado de otra. Luego, aproximándose, no formaron más que una, y á la luz de un relámpago que proyectó, un rápido y deslumbrador haz de fuego, les vió que se besaban, con los brazos echados en torno del cuello.

Entonces, desesperada, sin reflexionar, sin saber lo que hacía, gritó con toda su fuerza, en voz aguda: «¡Mamá!» como se grita para advertir á las gentes un peligro de muerte.

Su llamamiento desesperado se perdió en la voz de la tormenta; pero la pareja enlazada se separó. Una de las sombras se eclipsó, mientras la otra trataba de ver algo entre las tinieblas del jardín.

Entonces, temiendo ser sorprendida, hallar á su madre en aquel instante, Yvette corrió hacia la casa, subió con rapidez la escalera, dejando un reguero de agua que corría de escalón en escalón, y se encerró en su cuarto, decidida á no abrir á nadie.

Y sin quitarse su vestido, calado y pegado á la



carne, cayó de rodillas juntando las manos, implorando en su desesperación alguna protección sobrehumana, el socorro misterioso del cielo, el auxilio desconocido que se invoca en las horas de lágrimas y desesperación.

Los relámpagos lanzaban á cada instante sus reflejos lívidos en su cuarto, y la joven se veía en el gran espejo, arrodillada, con el pelo suelto y empapado en agua, tan cambiada, que apenas se reconocía.

Permaneció largo rato de aquel modo, tanto, que la tormenta se alejó sin que lo advirtiera. Cesó la lluvia, el cielo se aclaró, y una frescura agradable, deliciosa, una frescura de hierbas y hojas húmedas entraba por la ventana.

Yvette se levantó, quitóse el vestido empapado y frío, sin saber siquiera lo que hacía, y se metió en la cama. Después permaneció con los ojos fijos en el naciente día. Después lloró y pensó.

¡Su madre! ¡Un amante! ¡Qué vergüenza! Pero había leído tantas novelas en las que las mujeres, hasta las madres, se abandonan así, para recobrar luego el honor en el epílogo, que no extrañaba con exceso verse envuelta en un drama semejante á los dramas de todas sus lecturas. La violencia de su

primer dolor, el susto cruel de la sorpresa, se atenuaban poco á poco merced al recuerdo de análogas situaciones. Su pensamiento había seguido aventuras tan trágicas contadas poéticamente por los novelistas, que el horrible descubrimiento se le antojaba poco á poco como la continuación natural de un folletón empezado la víspera.

Se dijo:

—Salvaré á mi madre.

Y casi serenada por aquella resolución de heroína, se sintió fuerte, dispuesta para el sacrificio y la lucha. Reflexionó acerca de los medios que debería emplear. Sólo uno le pareció bueno, porque estaba en consonancia con sus ideas románticas. Y preparó, como un actor prepara la escena que va á representar, la conversación que tendría con la marquesa.

Lucía el sol. Los criados circulaban ya por la casa. La camarera entró con el chocolate. Yvette le hizo dejar la bandeja en la mesa y dijo:

—Dirá usted á mi madre que no me siento bien, que me quedaré en la cama hasta que marchen esos señores, que no pude dormir por la noche y que ruego que no me molesten, porque voy á tratar de descansar.

La camarera miraba con sorpresa el vestido mojado que parecía un guñapo sobre la alfombra.

—¿La señorita salió?

—Sí, me paseé mientras llovía, para ver si me calmaba los nervios.

La criada recogió las sayas, las medias, las botas sucias, y se fué llevándose, con gestos de asco, aquellas prendas que parecían las de un ahogado.

Yvette aguardó, pues sabía que su madre iba á venir.

La marquesa entró. Saltara de la cama á las primeras palabras de la camarera, pues estaba intranquila desde que oyó aquel grito de: «¡Mamá!» lanzado desde las tinieblas.

—¿Qué te pasa?

Yvette la miró y balbuceó:

—Tengo... tengo...

Luego, sobrecogida por una emoción súbita y terrible, empezó á sollozar.

La marquesa, asombrada, repitió:

—¿Qué te pasa?

Entonces olvidando todos sus proyectos y sus frases preparadas, la joven se ocultó el rostro entre las manos, murmurando:

—¡Oh, mamá! ¡Oh, mamá!

La señora Obardi quedó de pie ante la cama, demasiado conmovida para comprender, pero adivinando casi todo gracias á su instinto sutil que tanto la favorecía.

Como Yvette no podía hablar, sofocada por sus sollozos, su madre nerviosa ya y previendo una explicación penosa, preguntó bruscamente:

—Sepamos lo que te pasa.

Yvette apenas pudo decir:

—¡Oh! Esta noche... he visto... tu ventana.

La marquesa, muy pálida, replicó:

—Bueno ¿y qué?

Su hija repetía sollozando:

—¡Oh, mamá! ¡Oh, mamá!

La marquesa, cuyo temor y turbación se cambiaban en cólera, se encogió de hombros y se volvió para marcharse.

—Creo que estás loca. Cuando te habrá pasado, hazme avisar.

Pero la joven, de repente alzó la cabeza, mostrando el rostro mojado por las lágrimas.

—¡No!... escucha... he de hablarte... escucha... Vas á prometerme... vamos á marchar las dos muy lejos, al campo, y viviremos como campesinas, y

nadie sabrá donde estamos. Dí ¿quieres, mamá? Te lo ruego, te lo suplico ¿quieres?

La marquesa, sorprendida, permanecía en el centro de la habitación. Tenía sangre de pueblo en las venas, sangre irascible. Sentía una vergüenza, un pudor de madre y la exasperación de mujer apasionada que tiembla por su amor. Se estremecía, dispuesta á pedir perdón ó á cometer cualquier violencia.

—No te comprendo,—dijo.

Yvette añadió:

—Esta noche... te he visto... mamá... No hay que hablar más... si supieras... vamos á marchar las dos... te amaré tanto, que olvidarás...

La señora Obardi pronunció en voz temblorosa:

—Escucha, hija; hay cosas que tú no comprendes aún. Pues bien... no olvides... no olvides... que te prohibo hablarme de... de... esas cosas.

Pero la joven, tomando de pronto el papel de ángel custodio que se había impuesto:

—No, mamá; no soy ya una niña y tengo derecho á saber. Sé que recibimos á gente desacreditada, aventureros, sé también que no se nos respeta á causa de esto. Sé, además, otra cosa. No hay que reincidir ¿oyes? no quiero. Vamos á marchar: ven-

derás tus joyas; trabajaremos si es preciso, y viviremos como mujeres honradas, lejos, muy lejos. Y si puedo casarme, tanto mejor.

Su madre la miraba con ojos irritados.

—Vas á hacerme el favor—dijo—de levantarte y de venir á almorzar.

—No, mamá. Hay alguien que no volveré á ver, ya me comprendes. Quiero que salga ó saldré yo. Escoge entre él y yo.

Se había sentado en la cama y levantaba la voz, hablando como si estuviese en la escena representando el drama que había soñado, olvidando casi su pena para acordarse sólo de su misión.

La marquesa, estupefacta, repitió una vez más:

—Estás loca...

Yvette contestó con energía teatral:

—No, mamá, ese hombre saldrá de esta casa ó yo me marcharé, pues no estoy dispuesta á transigir.

—¿Y adónde irás? ¿Qué harás?

—No sé... poco me importa... Quiero que seamos mujeres honradas.

Aquella apelación de «mujeres honradas» despertaba en la marquesa su odio de prostituta y gritó:

—¡Cállate! ¡No te permito que hables así! Valgo tanto como otra cualquiera ¿oyes? Soy una cortesana y me enorgullezco de ello. Las mujeres honradas no valen lo que yo.

Yvette, aterrada, la miraba. Y balbuceó:

—¡Oh, mamá!

Pero la marquesa se exaltaba más y más.

—Sí, soy una cortesana. ¿Y qué? Si no lo fuera yo, tú serías una cocinera como yo lo fui y ganarías seis reales diarios y tu ama te enviaría á la carnicería y al mercado. Y te echaría á la puerta si no trabajabas, y ahora te pasas la vida sin trabajar porque soy una cortesana. Cuando se es una pobre criada con cincuenta pesetas de economías, es preciso arreglárselas si no se quiere morir en un hospital. Y para las de nuestra casta sólo hay un medio de evitarlo; uno sólo ¿oyes? No podemos recoger una fortuna por medio de empleos ó de jugadas de bolsa; sólo tenemos nuestro cuerpo, nada más que nuestro cuerpo.

Y se golpeaba el pecho como un pecador que se confiesa, y encarnada, exaltada, avanzaba hacia la cama.

—¡Tanto peor! Cuando una es linda tiene que vivir de su belleza ó morir de hambre... no hay remedio.

Y añadió después de breve silencio:

—¡Cómo si las mujeres honradas se abstuviesen! Ellas son las perdidas ¿oyes? porque nada les obliga. Tienen dinero para vivir y divertirse. Se entregan á los hombres por vicio. Ellas son las perdidas.

Estaba en pie junto al lecho de Yvette que tenía deseos de pedir auxilio, de huir, y que lloraba alto como los niños cuando se les azota.

La marquesa calló, miró á su hija, y viéndola enloquecida de desesperación, se sintió ella misma penetrada de dolor, de desesperación, de enternecimiento y piedad, y cayendo sobre la cama y abriendo los brazos se echó también á llorar y balbuceó:

—¡Niña mía, niña mía; si supieses el daño que me causas!

Y lloraron las dos durante mucho rato.

Luego la marquesa, cuyas penas no duraban nunca, se levantó suavemente, y dijo en voz baja:

—Pobre monina, así es y no hay modo de enmendarlo. Hay que tomar la vida tal como uno se la encuentra, mala ó buena.

Yvette lloraba. El golpe había sido muy rudo é inesperado para que pudiera reflexionar y consolarse tan pronto.

Su madre repuso:

—Ea, levántate y ven á almorzar para que no sospechen nada.

La joven decía «no» con la cabeza sin poder hablar. Por fin dijo, sollozando aún:

—No, mamá; ya sabes lo que te he dicho y no cambiaré de parecer. No saldré de mi cuarto hasta que hayan marchado. No quiero ver á esos hombres. Si vuelven me... me... no me verás más.

La marquesa se había enjugado los ojos y fatigada por la emoción, murmuró:

—Reflexiona, sé razonable.

Luego, después de un minuto de silencio:

—Sí, mejor es que descanses esta mañana. Vendré á yerte después de mediodía.

Y habiendo besado á su hija en la frente, salió para vestirse, ya calmada.

Yvette, cuando se marchó su madre, corrió el cerrojo para estar sola, bien sola y empezó á reflexionar.

La camarera llamó á las once y preguntó á través de la puerta:

—La señora marquesa manda preguntar si la señorita desea algo y lo que quiere para almorzar.

Yvette contestó:

—No tengo apetito. Únicamente deseo que no me molesten.

Y permaneció en la cama, como si realmente estuviese enferma.

A las tres llamaron de nuevo. Ella preguntó:

—¿Quién?

Fué la voz de su madre.

—Soy yo, hijita; vengo á ver cómo estás.

Vaciló. ¿Qué haría? Abrió y volvió á acostarse.

La marquesa se acercó y hablando á media voz, como si hablase á una convaleciente:

—¿Estás mejor? ¿No quieres comer un par de huevos frescos?

—No, gracias, nada.

La marquesa se sentó junto á la cama. Permanecieron un rato sin hablar. Luego, viendo que su hija permanecía inmóvil, con las manos inertes sobre la sábana:

—¿No te levantarás?

Yvette contestó:

—Sí, luego.

Y añadió en tono grave:

—He reflexionado mucho, mamá, y ésta... ésta es mi resolución. Lo pasado pasado, no hablemos más de ello; pero lo porvenir será diferente... ó bien... ó bien sé lo que habré de hacer. No hablemos más.

La marquesa, que creía ya terminada la explicación, sintió que se impacientaba. Aquella grandullona bien podía haberlo advertido todo mucho tiempo antes. Pero no contestó nada, y repitió:

—¿Te levantas?

—Sí, en seguida.

Entonces su madre le sirvió de camarera, llevándole las medias, el corsé, las enaguas; luego la besó.

—¿Quieres dar una vuelta antes de comer?

—Sí, mamá.

Y fueron á pasear un ratito á orillas del río, hablando de cosas sin interés.

IV

Al día siguiente por la mañana, Yvette fué á sentarse sola en el punto donde Servigny le había leído la historia de las hormigas, y pensó:

—No me iré de aquí hasta haber tomado una resolución.

Delante de ella, á sus pies, corría el agua rápida del brazo vivo, lleno de remolinos que pasaban en muda fuga.

Había ya pensado en todos los aspectos de la situación y en el mejor modo de salir de ella.

¿Qué haría si su madre no cumplía escrupulosamente la condición que le había impuesto de renunciar á su género de vida, á sus relaciones, á todo, para ir á ocultarse con ella en un país lejano?